

EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA Y LA CONQUISTA DEL NORTE DE AFRICA: DOS EMPRESAS PARALELAS EN LA EDAD MODERNA

La política exterior española en los siglos que configuran la Historia Moderna ha sido analizada, casi exclusivamente, deslindando de una manera clara los diferentes campos de acción. En la actualidad los trabajos de política exterior de los Austrias, aunque traten zonas muy concretas, tienen en cuenta las interrelaciones existentes. Dentro de este panorama general, el norte de Africa ha quedado bastante descolgado de la tendencia descrita anteriormente. Con esta pequeña nota pretendo describir someramente la línea de investigación que está siendo llevada a cabo por algunos miembros de la Escuela de Estudios Arabes de Madrid. En ella intentamos comparar, tanto en sus aspectos de semejanza como en sus diferencias, la historiografía y la preocupación de los españoles por América y por el norte de Africa en los siglos XVI y XVII.

La tesis tradicional mantiene la idea que el descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo supone el fin, o la relegación a un plano secundario, del expansionismo peninsular en el Magreb (1). América trae para sí los esfuerzos y la atención de la población. La aceptación de esta tesis viene a representar la equiparación de la política española con la portuguesa durante la primera mitad del siglo XVI (2). Que hoy en día se sigan escribiendo las líneas anteriores se debe probablemente a un factor puramente coyuntural. Si durante la década de los años cincuenta del presente siglo se produjo una fuerte renovación en las escuelas históricas

(1) Luis SÁEZ DE GOVANTES: *El Africanismo Español*, Instituto de Estudios Africanos, Madrid, 1971.

(2) Los portugueses van abandonando un gran número de plazas en las costas del Atlántico marroquí, por lo general las de difícil acceso o las que quedan alejadas de sus rutas de navegación. Las razones aducidas para explicar este comportamiento fueron que interesaba más la continuación de

européas, en esta misma década desaparecen las grandes figuras del africanismo —tanto español como francés— que podían haber matizado y actualizado la problemática. Por esta razón, el estudio comparado de estas dos líneas de acción, tanto a nivel político como cultural, se encuentra en una fase bastante atrasada.

La lectura de las fuentes literarias e historiográficas de los siglos XVI y XVII induce a pensar que la situación no respondería exactamente a lo formulado con anterioridad.

El interés de los monarcas de los diferentes reinos peninsulares por el norte de Africa es una constante desde la Edad Media. Partiendo de la creación de un imperio en el que el Mediterráneo no fuera más que una línea de comunicación —formulada por Alfonso X— hasta las expediciones del cardenal Cisneros, hay un largo camino en el que Berbería se repite invariablemente. Los monarcas aragoneses son los primeros que aprestan sus naves para la política mediterránea (3). La ocupación de plazas, las relaciones comerciales y el desarrollo de la piratería son los frutos que cosechan. Castellanos y portugueses emprenden este camino un poco más tarde, como consecuencia del diferente ritmo «reconquistador». Para el caso castellano, las primeras empresas de importancia en el Mediterráneo coinciden en el tiempo con el descubrimiento de América. Aunque sus hombres y sus barcos ya habían asistido con anterioridad en acciones militares en el Magreb, casi nunca lo habían hecho bajo la sombra de sus propias banderas.

La magnitud del descubrimiento del Nuevo Continente, los problemas políticos y culturales que implica, y los movimientos migratorios que conlleva eclipsan la atención de los historiadores. Por el contrario, en el Mediterráneo sólo las grandes batallas navales le rescatan de su atonía. Planteado así el tema, el *mare nostrum* entraría en decadencia antes de lo que le corresponde.

Para los súbditos de los Reyes Católicos y de los Austrias, América y el norte de Africa no eran dos marcos tan alejados. La

la exploración del Indico y la poca rentabilidad económica de muchos de estos enclaves. Una mayor información sobre este proceso se puede encontrar en la obra de David LOPES: "Os Portugueses em Marrocos", en la *História de Portugal*, dirig. por Damião Peres, vols. III y IV; Portucalense Editora, 1931 y 1932; y en las *Sources inédites de l'Histoire du Maroc*, Portugal, I, Paris, 1934.

(3) La bibliografía sobre este tema es muy abundante y sólo citaré como ejemplo el libro de Angeles MASIÁ DE ROS: *La Corona de Aragón y los Estados del Norte de Africa. Política de Jaime II y Alfonso IV en Egipto, Ifriquía y Tremecén*. Instituto Español de Estudios Mediterráneos, Barcelona, 1951.

amenaza turca era el gran peligro para los hombres del XVI, por encima de los herejes o de los súbditos secesionistas de la Monarquía. Los hombres que se embarcan para ir a combatir o a vivir en América, o en Africa, proceden de los mismos ámbitos geográficos, culturales, sociales y están imbuidos de los mismos ideales. Una vez en sus puntos de destino se van a encontrar con una forma de guerrear diferente de la europea, en un medio geográfico hostil, en un ambiente cultural y religioso desconocido, y van a convivir con gentes que no pertenecen a sus mismas características raciales y étnicas. Si allende el océano se estaba dominando un vasto territorio para la Corona y para la verdadera religión, al otro lado del Mediterráneo ocurría un fenómeno similar. Incluso en los primeros momentos hay una identificación de los dos mundos (4).

La separación entre las dos empresas para los contemporáneos no debía de ser tan clara como en la actualidad. Sólo aceptando esta idea se pueden entender palabras como las que siguen: «elegí a don Juan Cloquer Vargas Machuca... Gallarda resolución, que acreditó la experiencia, muy parecida a la de su hermano mayor el muy Reverendo Padre Lector Fray Tomás Cloquer Vargas Machuca, que abandonó las conveniencias del siglo por el hábito de Santo Domingo, que lo recibió en su convento Real de Xerez, donde lograba los mayores créditos en la cátedra, con su aplicación y continuada práctica de aquella Atenas de Andalucía, dejó los aplausos que le facilitaban su ciencia, y pasando a Filipinas, son muy sabidos sus progresos en la predicación evangélica, sacrificando sus vidas los dos hermanos, uno en América y otro en Africa, en propagar la ley verdadera y en quitar la vida a quien la niega» (5). Identificación e igualación de las dos empresas que también se demuestra claramente en la vida del capitán Contreras (6), quien después de practicar durante muchos años la piratería contra las naves turcas en el Mediterráneo pasó a América

(4) En las cartas de Hernán Cortés sobre la conquista de Méjico se identifica a los templos y a los sacerdotes aztecas con mezquitas y alfaquies. El conquistador se encuentra con una cultura desconocida y diferenciada de la suya propia: el marco más cercano que tiene para comparar lo que ve es al mundo musulmán.

(5) Jacinto NARVÁEZ PACHECO: "Sitio de San Antonio de Alarache", *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, vol. CVI, págs. 432-433, Madrid,

(6) Alonso CONTRERAS: "Discurso de mi vida desde que salí a servir al Rey de edad de catorce años, que fue el año de 1595, hasta el fin del año de 1630...", *Boletín de la Real Academia de la Historia* (Madrid, 1900), págs. 153-183.

a luchar contra los piratas; o el que Hernán Cortés se embarcara en la expedición organizada en 1535 por Carlos V para conquistar Argel (7). En América y en Africa se sirve igualmente a la religión y a la Corona, y las dos empresas son igualmente memorables.

Aunque los contactos con el mundo islámico eran frecuentes desde la Edad Media, en el siglo XVI cambian completamente. Tras la conquista de Granada, los españoles pasan de ser dominados a ser dominadores del territorio, de temer los ataques a ser temidos. Aragoneses y catalanes habían poseído con anterioridad plazas en el Magreb, pero sus contactos con las poblaciones circundantes no pasaron del simple trato comercial. Para una gran mayoría de la población y para los cronistas norteafricanos la conquista de alguna plaza es el inicio del dominio del territorio y el primer paso para la reconquista de Tierra Santa. Los excautivos, mayoritarios en la confección de estas crónicas, se sienten en la necesidad de dar instrumentos a las generaciones posteriores para que lleven a la práctica estos proyectos. Su larga permanencia en Berbería les ha llevado a diferenciar perfectamente los pueblos que la habitan, la lengua que usan, las costumbres que practican, e incluso comienzan a dibujar una pequeña historia moral y natural.

La comparación con lo que han leído o visto de las Indias era completamente inevitable. América es el espejo y, en alguna manera, la panacea para refutar o condenar el mundo que pasa ante sus ojos. Esta comparación va desde las simples costumbres alimenticias —«Su principal sustento son unas rayzes que sacan debaxo de tierra llamadas Hab Azis que son dulzes como almendras y las comen cocidas y deshechas como los Indios las batatas» (8)— hasta la calidad moral de los hombres que pueblan ambos continentes: «En lo que yo he andado, que es bien la tercera parte del mundo, no he visto gente más virtuosa y pienso que tampoco la hay en las Indias, ni en lo que he andado, dexando aparte el creer en Mahoma» (9).

El religioso Juan Ceverio de Vera —quien después de muchos

(7) Noticias sobre la participación de Hernán Cortés en esta empresa se encuentran en las obras de Francisco López de Gómara que van enunciadas en las notas 18 y 19.

(8) LUIS DEL MÁRMOL CARVAJAL: *Segundo volumen de la Primera Parte de la Descripción General de Africa...*, Granada, Rene Rabut, 1573, fol. 288 v.

(9) *Viaje de Turquía*, Edición de Fernando García Salinero, Ed. Cátedra, Madrid, 1980, pág. 457.

años de vivir en Perú emprendè un viaje a Tierra Santa— escribe una pequeña obra en la que, además de describirnos los lugares por donde pasa, los intenta identificar con los vistos al otro lado del Atlántico: «Porque los espaciosos llanos de Egipto jamás ven agua del Cielo, como los de Trujillo y Lima en el Perú, que en trescientas leguas de costa nunca llueve, y de los caudalosos ríos que bajan de las montañas al mar sacan los Españoles y los Indios acequias con que riegan sus campos» (10). Una cosa similar ocurre con los habitantes: «Semejantes a estos robadores árabes son los valientes Indios que llaman Putimanes, pues también se sustentan de rapiña, y han destruído muchas provincias de Indios, y algunas ciudades de Españoles, como la ciudad de Neyvan...» (11). También con sus poblados: «A la traza de aquellos pescadores Albaneses tienen sus casas los Indios Guancabelicos de la provincia de Guayaquil, en una de los Reinos del Perú, que, por ser tierra muy baja, deteniendo el mar los caudalosos ríos que por ella pasan, está debajo del agua los ocho meses del año» (12). Y por último a los animales: «También nos dijo aquel Obispo Griego, que en el río Nilo se crían grandes lagartos, que llaman cocodrilos, de doce y quince pies de largo, que no hacen mal a la gente ni al ganado que bebe en el río; y me acordé del atrevimiento y fiereza de los propios lagartos de agua, que en las Indias llaman caimanes» (13). Un caso aparte, y merecedor de un estudio monográfico, es el de los alfaquíes musulmanes y los sacerdotes precolombinos. Además del caso de Hernán Cortés existen otros muchos autores que recogen estas concomitancias. Ceverio de Vera las extendió a los santones: «Muy diferentes de los santones Moros son los santones Indios del Occidente, pues huyendo de la confusión de las ciudades, se van a vivir en cuevas de las más ásperas sierras que saben...» (14).

El trasvase de información sobrepasa el ámbito puramente cristiano y llega a los propios reyes musulmanes. El rescatador de

(10) Juan CEVERIO DE VERA: *Viaje a Tierra Santa*. Roma, 1596, Edición de C. Martínez Figueroa y E. Serra Rafols en la Biblioteca de Autores Canarios, La Laguna, 1964, págs. 102-103.

(11) *Ibidem*, pág. 85. Los árabes, o alarbes, como se denominan en las crónicas, han de ser entendidos como los hombres del desierto. Su actividad económica principal era la trasumancia de sus rebaños de camellos y cabras y era completada con el pillaje y el robo a los caminantes, tanto cristianos como musulmanes.

(12) *Ibidem*, págs. 147-148.

(13) *Ibidem*, pág. 103.

(14) *Ibidem*, pág. 121.

cautivos Diego de Torres pone en boca de uno de los Xarifes (15) estas palabras, cuando se descubre unas minas de oro en el Atlas: «que el Xarife no lo hizo assi, antes la mando cegar porque nadie la buscase diciendo que si los Christianos supiese que allí avía tanto oro no lo irían a buscar a las Indias» (16). El desconocido autor del *Viaje a Turquía* también describe las Indias a un sultán como el territorio más grande que existe y el de mayor riqueza.

El Mediterráneo era sentido por todos los súbditos de la Monarquía como algo propio. En las Cortes de la época suele ser frecuente que los procuradores pidan al Rey que continúe con la política en el Magreb. Aunque la mayoría de los Austrias tenían en su mente las tierras que se extendían al otro lado de Gibraltar, los problemas europeos e interiores impedían llevar a la práctica sus pensamientos. Los turcos, y sus aliados los piratas berberiscos, eran los mortales enemigos de los españoles. La amenaza otomana se cernía en igual medida por todo el Mediterráneo Occidental, pero en la Península Ibérica se personaliza y se considera como tarea propia. Los habitantes de las provincias americanas responden perfectamente a este esquema. Su lejanía geográfica de la zona del conflicto no les hace olvidar el miedo a una posible invasión de los enemigos de la Fe. A lo largo de los siglos XVI y XVII se imprimen un gran número de relaciones de sucesos que tratan de enfrentamientos de galeras, de martirios a religiosos cristianos en Fez o en Argel, y asaltos piratas a navíos o pueblos costeros. Estas relaciones, que gozaban de una amplia difusión y un enorme éxito popular, se imprimen y distribuyen también en Méjico o en el Perú, zonas donde los turcos sólo podían llegar en grabados. Los habitantes de América no sólo quieren tener noticias de lo que ocurre en la Península sino que se sienten parte activa de las mismas. Es muy frecuente encontrar en las historias de las Ordenes de la Merced o de los Trinitarios que sus rescatadores pasen a América a pedir limosnas para este fin. El cautiverio en el norte de Africa era uno de los problemas que más atormentaba a los españoles del período y que, según los datos suministrados por estas crónicas, también hay que extenderlo a los que residían en América: «Sacó licencia de su Magestad, y

(15) Diego de Torres establece una historia de los Xarifes o miembros de la dinastía sa'dí por los relatos de escritores coetáneos y anteriores, junto con lo que ve durante su larga estancia como rescatador de cautivos. Esta información sobre la mina de oro se la suministra un cautivo natural de San Vicente de la Barquera.

(16) Diego DE TORRES: *Relación del origen y suceso de los Xarifes y del Estado de los reinos de Marruecos, Fez y Tarudante*, Sevilla, 1586, Edición de Mercedes García-Arenal, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1980, pág. 95.

pasó al Perú el año de mil seiscientos y cincuenta y nueve; anduvo pidiendo limosna por diferentes Provincias de las Indias, hasta que volvió a España el año de mil seiscientos y sesenta y uno, ... pasó a Argel el año de mil seiscientos sesenta y dos» (17).

Un ejemplo significativo de la igualación de la empresa americana y la africana es Francisco López de Gomara: éste escribe una crónica de Indias (18) y una historia de los Barbarrojas que, por su espinosa temática, no se publicó en su época (19). Hernán Cortés aparece nombrado repetidamente en la historia de los piratas argelinos de una forma consciente e intencionada: «plaçiendo a nuestro señor, entienda y conozca muy bien en que son yguales estos dos tan nombrados capitanes, Cortés y Barbarroja, y quan diferentes prinçipios y susçessos tuvieron entre ambos, v quan diversamente hoy vive cada qual con su Rey y señor» (20). La comparación de estas dos figuras, tanto en su vida como en sus hechos, es bastante difícil. Para llevarla a cabo el cronista tiene que inventarse noticias que carecen del más mínimo fundamento: «la primera cosa que hiço en desembarcando la gente y puniendo en tierra la vitualla y artillería, fue quemar todos los navíos que llevó; prometió de no partir de allí sin tomar el lugar o morir en la demanda; puso fuego a las fustas por quitar la libertad de no poder yrse de allí sin acabar la empresa, y también porque los suyos perdiessen la esperança de retirarse, y no tuviesen en qué, aunque los enemigos los pusiessen en neçesidad» (21). Barbarroja nunca quemó las naves y siempre tuvo especial cuidado en asegurarse una salida de escape cuando hacía entradas en tierras de cristianos. La piratería mediterránea basaba su efectividad en los golpes de mano, y su regla de oro era atacar únicamente cuando las posibilidades de salir con bien del envite eran altas. Gómara se ve forzado a establecer tales paralelos por las palabras que pone en las primeras líneas de su crónica: «Ansi yo también escribiendo las maravillosas cosas de Cortés, quiero escrevir los hechos de Barbarroja para darle compañero» (22).

(17) Francisco Antonio SILVESTRE: *Fundación histórica de los hospitales que la religión de la Santísima Trinidad... tiene en la ciudad de Argel*, Madrid, Julián de Paredes, 1690, pág. 102.

(18) Francisco LÓPEZ DE GÓMARA: "Crónica de los muy nombrados Omiche y Haradin Barbarroja", *Memorial Histórico Español*, t. VI, págs. 327-539.

(19) Francisco LÓPEZ DE GÓMARA: *Historia General de las Indias con todo el descubrimiento y cosas notables que han acaecido desde que se ganaron hasta el año de 1551: con la conquista de México y Nueva España*, Zaragoza, Agustín Millán, 1552.

(20) *Ibidem*, págs. 335-336.

(21) *Ibidem*, págs. 363.

(22) *Ibidem*, pág. 333.

El Magreb era un espacio geográfico extraño para los españoles de los siglos XVI y XVII, pero en ningún momento desconocido, como ocurriría con América. En todas las crónicas norteafricanas hay una preocupación constante por describir la tierra. Estas obras tienen un claro matiz intervencionista o, hablando en términos del siglo XIX, colonialista. Explican la forma de combatir de los enemigos y dan recomendaciones para poderlos vencer. Se intenta dar los rudimentos imprescindibles para que los tercios puedan dominar el territorio cuando el monarca decida emprender la anhelada conquista.

América y el norte de África deben de ser consideradas, pues, como dos acciones de la política exterior española que se desarrollan al unísono. En ningún momento se puede pensar que son exactamente iguales, pero tampoco que no tienen absolutamente nada que ver. Tan sólo porque encontramos individuos que se localizan en las dos empresas merecería la pena detenerse en ellas. Por otro lado, las interrelaciones, en un sentido positivo o negativo, son innegables, y hasta ahora ni siquiera se han esbozado (23). Incluso en la España de principios del siglo XVI se compararon aspectos concretos. Los conquistadores se encuentran en América un gran continente de población que no son cristianos, planteándose el problema de cómo llevar a la práctica su adoctrinamiento. La reciente conquista de Granada, y la mayor presión religiosa sobre los musulmanes que vivían en las tierras que formaban la Corona de Aragón, suponen una experiencia en el propio suelo peninsular a la que obligatoriamente tendrían que recurrir los evangelizadores americanos.

De cualquier modo, todo hecho tiene que ser analizado de una manera global y no se puede separar de su contexto cultural, político, social e incluso militar. Esta consideración, que se incluye plenamente dentro del sentido común, en el caso descrito en estas páginas es aún más evidente cuando los mismos hombres que intervinieron ya lo realizaron. Es, por lo tanto, de lógica que con una mayor perspectiva y conocimiento histórico asumamos una labor comenzada hace más de cuatro siglos. Aunque es un proyecto complejo y de meticulosa elaboración, los frutos que de él pueden emanar redundarán en un mayor conocimiento de la presencia y

(23) El único aspecto que ha sido analizado es el de los paralelismos entre la conversión de los indios y la conversión forzosa de los moriscos. Robert RICARD, Antonio GARRIDO ARANDA o Francisco MARQUÉS VILLANUEVA son historiadores que se han detenido en esta cuestión, pero siempre desde la óptica americanista.

actitud de los españoles en dos continentes tan dispares. Las relaciones entre América y el norte de Africa en los siglos XVI y XVII es uno de los eslabones que tienen que entrar obligatoriamente en la cadena de celebraciones del V Centenario del Descubrimiento de América.

MIGUEL ANGEL DE BUNES IBARRA
Instituto de Filología. CSIC